



Amnesia

Federico Axat



DESTINO



Amnesia

Federico  
Axat

Amnesia

Federico  
Axat

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1442

© Federico Axat, 2018

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5430-6

Depósito legal: B. 18.853-2018

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A mis padres,  
Luz L. Di Pirro y  
Raúl E. Axat*

Nos damos vuelta para enfrentar al  
frío, gélido y duradero mientras el día  
le pide piedad a la noche.

*One Tree Hill, U2*

# I

Encontré a la chica muerta de un disparo en el salón de mi casa.

Desperté envuelto en una bruma de confusión, como solía sucederme cada vez que me emborrachaba y caía rendido en otro sitio que no fuera mi propia cama. Mi primer contacto con la realidad fue el chirrido distante del columpio en el porche delantero; el segundo, un golpe a la lámpara de pie cuando estiré los brazos para desperezarme, todavía sin abrir los ojos. La fatalidad que caracterizaba mi vida últimamente hizo que la lámpara cayera al suelo y la tulipa estallara en mil pedazos.

En ese momento comprendí que estaba en el salón, tendido boca abajo. Tenía un intenso dolor en el pecho, el brazo izquierdo entumecido y la mejilla apelmazada. Al levantar apenas los párpados, lo primero que divisé fue la forma de la botella de vodka en la mesilla baja, a un metro de donde me encontraba. Desde aquella posición la perspectiva la había transformado en una obra colosal, un obelisco a la altura de mi fracaso. Hice una mueca de desagrado y de nuevo me sumí en la oscuridad que empezaba a



resultarme tan familiar. La vocecilla acusadora empezó a hablarme casi de inmediato. He asumido mi problema con el alcohol y aprendido a escucharla durante esos primeros instantes de pesadez y culpa. Lo hago en silencio, como un niño que recibe una merecida reprimenda, recordando cuán lejos han quedado los tiempos en los que creía tener el control sobre mi vida, y que no importa cuántas veces se lo haya prometido a mi exesposa, o a mi hija (aunque ella no lo sepa), o incluso a mi abogada, volveré a caer en la misma trampa una y otra vez como un idiota. Tengo veintisiete años. Donald, mi mentor en Alcohólicos Anónimos, dice que me he dado cuenta a tiempo, que él a mi edad era un necio con una década por delante de excesos y estupidez. No resulta un pensamiento demasiado reconfortante.

Cuando empecé a levantarme, un dardo con punta de acero se me clavó en la frente. Los brazos me temblaron y estuve a punto de dejarme caer, pero finalmente conseguí erguirme en lo que fue la lagartija más penosa de mi vida. He aprendido a ignorar una resaca leve, incluso a convivir con una moderada; sin embargo, no hay nada que hacer ante una de proporciones épicas. Me costaba determinar a cuál de ellas me enfrentaba esta vez.

Abrí los ojos.

La ventana era un rectángulo negro; de algún modo me había teletransportado al futuro y ya había anochecido. ¿Era posible que no recordara absolutamente nada de las últimas horas? No sería la primera vez, pero el hecho no dejaba de maravillarme. Normalmente aquí la vocecilla iniciaba la segunda

parte de su discurso habitual, ya no basado en el reproche aleccionador sino en la culpa y la resignación; desaparecía la vehemencia y la furia y sólo quedaba la triste aceptación de una causa perdida. Pero esta vez no hubo tiempo para lamentos, porque mientras me concentraba en la botella, una forma resplandeciente en el suelo atrajo mi atención, y lo que durante apenas un instante fue un destello en forma de L no tardó en revelarse como la pistola Ruger P85 que había pertenecido a mi padre.

Fue entonces cuando con el rabillo del ojo divisé el cuerpo. Todo esto debió de suceder en menos de medio minuto, pero en mi mente los acontecimientos se desarrollaron con una lentitud pasmosa. Giré la cabeza, consciente de que algo no estaba bien, y allí estaba la muchacha, boca abajo, cubierta con una sábana blanca. Tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la derecha, hacia donde yo estaba, los ojos abiertos puestos en el infinito.

Me considero una persona fuerte. A los once años encontré a mi madre muerta tras una larga agonía a causa de una enfermedad terminal. Mi padre fue detenido, acusado de haberla asfixiado con una almohada, y al poco tiempo se disparó en la cabeza con una escopeta que le pulverizó el cráneo. A él no tuve que verlo, pero estaba solo en casa cuando la policía se presentó a darme la noticia. El cadáver de la chica, a quien más tarde me referiría como la chica de la gargantilla —aunque en ese momento no llevaba ninguna—, me afectó de un modo diferente, porque había en su mera existencia algo espeluznante que me incriminaba inequívocamente.

Fui hacia el cuerpo olvidándome por un momento de las palpitaciones en la cabeza. Mi vista viajaba de la muchacha al arma. Del arma a la muchacha. El miedo llegó, y con él la pregunta obvia.

*¡¿Qué has hecho?!*

Nunca había visto a esa chica en mi vida, de eso estaba seguro; sin embargo, había algo en ella que me resultaba extrañamente familiar.

## 2

Sin pensármelo dos veces, la puse boca arriba y comprobé que no tenía pulso. La piel aún estaba tibia, pero de algún modo sabía que no podría hacer nada por ella. Oprimí su pecho una y otra vez, soplé aire entre sus labios, volví a oprimir el pecho y seguí hasta que la consciencia me dijo que había cumplido con mi deber. Me quedé arrodillado a su lado, mis manos y mi cara embadurnadas de sangre, y la observé con un poco más de detenimiento. El suyo era un rostro hermoso, ese tipo de belleza que no admite discusión; no aparentaba más de veinte años. Llevaba una camiseta blanca, unos shorts azules con corazones blancos y zapatillas DC. El disparo le había dado en la espalda, a la altura del corazón.

Observé la sábana que había dejado a un costado, ahora hecha una bola irregular. Un río de sangre estaba a punto de alcanzarla de modo que la aparté con el pie.

Entonces perdí la calma. Hasta ese momento mis actos habían estado marcados por el sentido común; había hecho todo lo posible para salvarla. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Mis manos tem-

blaban. Escruté el salón con la sensación de estar siendo observado; me concentré en la botella vacía, después en mis manos y por último en el arma. Caminé de un lado para el otro mascullando palabras ininteligibles. Tenía que llamar a la policía.

—Llama ahora mismo, Johnny —me dije mientras cruzaba el salón a toda velocidad.

Pasé junto al cadáver y ni siquiera me atreví a volver a cubrirlo con la sábana. Fui hacia la cocina y me lavé las manos y el rostro frenéticamente.

—¡Mierda!

Seguí frotando la piel hasta que el agua del fregadero recuperó su cristalinidad. Me quité la camiseta manchada de sangre y la dejé en el canasto de la ropa sucia. En la lavadora había ropa limpia así que rebusqué hasta encontrar una camiseta y me la puse.

*La policía te preguntará por qué te has cambiado de ropa.*

—¡Porque no puedo soportar la puta sangre!  
—estallé ante nadie.

La chica acaparaba toda mi atención en ese momento, pero había una parte de mí que seguía pendiente de la botella. Era la botella la que lo complicaba todo.

La agarré y la sostuve en alto, conteniendo el deseo de gritar y de lanzarla con fuerza contra el suelo. ¿Qué iba a hacer con ella?

*Estás en medio del bosque. Algo se te ocurrirá.*

Mi cabeza había entrado en un ciclo del que no podía escapar. Salí por la puerta de delante y rodeé la casa para internarme en los bosques que se extienden más allá de mi propiedad hacia el norte de New

Hampshire. Corrí a toda velocidad, agitando la botella vacía como un maníaco. Dos veces estuve a punto de caer de bruces y a la tercera no tuve tanta suerte: aterricé en la raíz de un abeto y mi labio inferior se llevó la peor parte.

*Genial, ahora tendrás que explicarle a la policía cómo te has partido el labio.*

Me encontraba a unos cincuenta metros de casa, en un camino peatonal que había transitado un millón de veces durante mi infancia, y otras tantas en la adultez. Fue entonces cuando escuché el estampido. Me quedé helado, muy quieto, tendido en la tierra y paladeando el sabor metálico de la sangre. ¿Había sido un disparo? Creía que no, pero todo había sucedido muy rápido. En aquella dirección se encontraba un sitio que con mi hermano habíamos bautizado hacía mucho tiempo como el promontorio del reptil.

Era curioso, porque hasta ese momento no me había planteado seriamente la posibilidad de que yo pudiera haber matado a la chica, y sin embargo tampoco pensaba que el asesino pudiera seguir en las inmediaciones. Menuda paradoja.

Tenía que deshacerme de la botella y reevaluar la situación.

Recorrí a trote ligero el resto del trayecto hasta Union Lake, unos quinientos metros en total. Me detuve en el acantilado, la masa de agua era un gran ojo negro que reflejaba la luna en el centro. En la orilla opuesta, en la cima de una colina y asomando entre los árboles, estaba la planta de agua abandonada.

Lancé la botella con todas mis fuerzas, como si

eso ayudara a librarme del verdadero problema. El lago se la tragó con un ¡plop! y todo volvió a ser como antes. Esa noche los búhos estaban particularmente animados.

Me quedé allí, francamente sin saber qué hacer, el labio empezaba a hincharse y sabía que tenía que volver; había una muchacha muerta en mi casa que se merecía más que a un tipo mediocre preocupado porque su renovada afición por la bebida saliera a la luz.

Me estaba dando la vuelta cuando capté algo sobre la orilla del lago. Entre las plantas, un globo blanco se escondió: un rostro. Las ramas se sacudieron y alcancé a divisar una figura que se fundía con la noche.

Decidí regresar por el camino más directo, apartándome del sendero. Eso me permitiría además echar un vistazo en el promontorio del reptil. Si algo empezaba a tener claro era que debía llegar a casa y llamar a la policía de una vez por todas.

# 3

En el promontorio había una empalizada de piedra que servía perfectamente para sentarse. Apenas llegué, algo llamó mi atención en una de las imperfecciones de la roca, y al acercarme comprobé que se trataba de una colilla retorcida. Me quedé mirándola, quizás atribuyéndole más relevancia de la que en verdad tenía, y me palpé el bolsillo con la intención de sacar el móvil para encender la linterna y buscar otros indicios de visitantes. Maldije al descubrir que me había dejado el móvil en casa. Con el resplandor lunar como único aliado, busqué más colillas pero no las encontré; sólo aquella solitaria evidencia de que alguien había estado allí.

Muy cerca, en dirección noroeste, había un viejo camino de tierra abandonado desde hacía años. Si alguien había llegado hasta allí en coche era muy probable que lo hubiese hecho desde esa dirección, pensé. Bajé la colina a toda velocidad. La vegetación en aquella zona era tupida y apenas podía ver por dónde avanzaba, pero no me importó. Había explorado aquellos bosques lo suficiente para moverme prácticamente de memoria.



Incluso antes de llegar al camino intuí que había algo más que no cuadraba. A través del follaje divisé una descomunal forma oscura y estática: una furgoneta o una caravana pequeña. Me puse instintivamente alerta y caminé muy despacio, cuidando de no pisar ramas u hojas que pudieran delatarme.

Cuando llegué a la orilla del camino me oculté detrás de un árbol y comprobé que el vehículo era, efectivamente, una furgoneta Volkswagen: un monovolumen de hacía varios años, probablemente de los noventa. Estaba en muy malas condiciones de conservación, era gris, la chapa estaba en pésimo estado y los cristales sucios; mi primera impresión fue que alguien la había abandonado; sin embargo, tenía matrícula y eso me desconcertó. Repetí los siete dígitos unas cuantas veces para memorizarlos.

Me acerqué por la parte de atrás pero me quedé a medio camino. Estaba de pie entre la maleza crecida, la furgoneta a pocos metros. Me embargó la misma sensación de opresión en el pecho que cuando descubrí el cadáver, veinte o treinta minutos antes. ¿Qué estaba haciendo? El cuerpo de la chica muerta se presentó en mi cabeza como la imagen efectista de una película de horror. La furgoneta podía estar relacionada con el cuerpo, cierto, ¿pero no era ésa la mejor razón para llamar a la policía? ¿Por qué había salido de casa sin el móvil?

*En el fondo no quieres llamar a la policía, y lo sabes.*

Desde donde estaba no podía ver el frente de la furgoneta, y la parte de atrás era completamente cerrada salvo por unos cristales pequeños, negros como los ojos de un calamar. Me acerqué con precaución,

dando un ligero rodeo. La cabina estaba vacía. Me asomé por el lado del acompañante y vi dos vasos térmicos en la bandeja central. Uno de ellos parecía tener restos de pintalabios en el borde pero era difícil asegurarlo a través de aquellos cristales mugrosos.

Fui hacia la parte trasera. Aquel vehículo ya era sospechoso de por sí, pero la colilla de cigarrillo, el café, todo hacía suponer que los dos integrantes habían decidido pasar un buen rato en las proximidades de mi casa. Y si uno de ellos estaba en el salón de mi casa, sin vida, ¿dónde estaba el otro? Aparté una capa de tierra de los cristales traseros e intenté mirar, sin suerte. Permanecí de pie junto a la puerta corredera; si alguien se había escondido allí dentro, yo estaba a punto de cometer la mayor estupidez de mi vida.

Tiré de la manilla con todas mis fuerzas, preparado para que la puerta no cediera, pero sí lo hizo, y con extrema facilidad. Un latigazo se extendió por mi brazo hasta el hombro. La puerta chocó contra el final del riel y me obligó a apretar los dientes en una mueca. El interior de la furgoneta estaba oscuro; nadie saltó sobre mí, lo cual fue una buena noticia, pero cuando mis ojos se acostumbraron divisé una serie de lucecillas desconcertantes. El vehículo había sido transformado para carga, es decir, que no tenía ningún asiento. En el centro había una mesa plegable pequeña, de esas de playa; sobre ella, un ordenador.

Entré. La pantalla del ordenador estaba oscura. Sobre la mesa había unas gafas rectangulares y un ratón inalámbrico. Toqué el ratón con la punta del dedo y el ordenador revivió.

En la pantalla apareció el salón de mi casa.

Retrocedí como si me acabaran de pegar un puñetazo en el pecho. Mi pie derecho pisó en el vacío y estuve a punto de caer. Me aferré a los laterales de la puerta.

Era una cámara de circuito cerrado, enfocada hacia los sillones. Si el encuadre hubiese sido un poco más amplio se vería el cuerpo inerte.

Me quedé mirando la imagen, sin poder dar crédito.

No sé cuánto tiempo hubiese permanecido allí, sin ser capaz de conectar los puntos de aquella noche descabellada, pero de repente la imagen se perdió y apareció la leyenda «sin señal».

Di media vuelta y me bajé de un salto. Ni siquiera me detuve a cerrar la puerta. Corrí a toda velocidad hasta mi casa; fueron cinco minutos con el corazón a puro galope. Había dejado la puerta de casa abierta, las luces encendidas. Entré sin preocuparme por nada; el miedo y el desconcierto empezaban a ceder ante la ira. Sabía exactamente dónde iba a encontrar la cámara escondida.

Me detuve en seco. El cadáver había desaparecido.

También el arma.

Permanecí de pie, escuchando el ruido de mi propia respiración. Lo único que había en el suelo eran los restos de la lámpara. Giré la cabeza lentamente, hacia el mueble junto a la puerta donde debían de haber escondido la cámara. Me acerqué dando dos largas zancadas y con la mano barrí la parte superior frenéticamente, sin conseguir otra cosa que ensu-

ciarme de polvo. La cámara tampoco estaba, pero a estas alturas no me sorprendió.

A continuación revisé el último estante de la repisa, detrás de un adorno, en busca de la Ruger. Aquél era su escondite habitual, fuera del alcance de mi hija pero suficientemente cerca en caso de necesidad. Mi mano palpó la forma inconfundible de la pistola.

*Hace un rato estaba en el suelo.*

Extraje la bala de la recámara y comprobé el cargador, que estaba totalmente lleno, y volví a dejarla en su lugar.

Con el andar resignado de un condenado a muerte fui al sitio donde había estado el cuerpo de la chica. No quedaba nada: ni rastros de sangre, ni la sábana ensangrentada... Me arrodillé y pasé mi mano por la superficie de mosaico, incapaz de comprender. Podía sentir mis labios sobre los suyos, la palma de mi mano presionando rítmicamente su pecho...

Entonces el teléfono fijo empezó a sonar con estridencia.

Eran más de las nueve de la noche y casi nadie me llamaba a esa línea.

Levanté el auricular con la convicción de que aquella llamada sólo aportaría más confusión.

—Johnny, ¿estás bien?

Era mi hermano mayor. Mark siempre ha tenido un sexto sentido en lo que a mí respecta, un radar para detectar el peligro a la distancia.

Emití un sonido que pretendió ser un sí.

—¿Llevas el móvil encima?

—El móvil..., no sé, creo que lo he perdido.

Incluso desde el otro lado de la línea Mark fue capaz de percibir mi nerviosismo.

—¿Qué sucede? Te he dejado varios mensajes durante las últimas horas y no los has visto...

Las últimas horas, pensé. Mi último recuerdo de ese día era...

—No es un buen momento, Mark. Debo llamar a la policía.

Una pausa interminable. Conozco lo suficiente a mi hermano para saber lo que pensó en ese momento: otra vez el bueno de Johnny había vuelto a las andadas con la bebida. No podía culparlo por pensar de esa forma.

—No es lo que piensas, Mark.

No podía quedarme quieto. Pasaba el peso de una pierna a la otra mientras retorció el cable del teléfono.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar Mark, ahora sin poder ocultar su preocupación.

Tragué saliva. ¿Cómo explicar la última hora?

—Encontré a una chica muerta —dije con impaciencia. Expresarlo en voz alta me estremeció. Mi mano libre temblaba.

—¿En el bosque?

—En el salón.

Otra pausa infinita.

—¿Conocías a esa chica? —dijo Mark en tono cauteloso.

Otra persona hubiera perdido la compostura o formulado todo tipo de preguntas sin parar, pero Mark no era de esas personas. Él sabía centrarse en lo importante. Era una de las tantas diferencias entre nosotros.

—No la conozco. Desperté de una siesta y la encontré aquí.

*¿Una siesta a las nueve de la noche? Sigue agregando inconsistencias a la lista.*

—¿Estás seguro de que está muerta?

—Eh..., sí, le comprobé el pulso, ¡la intenté reanimar!

—Johnny, cálmate, por favor. ¿Qué has hecho con ella?

—¡El cuerpo no está, Mark! ¡Se lo han llevado!

El tono de mi hermano fue el que utilizaría con un niño pequeño o, peor aún, con alguien que ha perdido el juicio.

—¿Quién, Johnny?

—No lo sé, Mark. Salí de la casa y al regresar ya no estaba. Creo que me están espiondo.

Imaginé a Mark sujetándose la cabeza. Yo mismo era consciente de lo ridículo que sonaba todo aquello.

—Descríbeme a la chica.

Mark era pragmático, aquélla era una forma indirecta de probar mi delirio, de modo que estimo que mi respuesta inmediata lo descolocó.

—Muchacha joven, cabello rubio, ojos celestes, delgada...

—Johnny, escúchame. No hagas nada hasta que yo llegue.

No era la primera vez que mi hermano iba a ocuparse de mí. Así había sido desde que éramos críos, y una parte de mí se había acostumbrado. Pero había otra parte, más profunda y sensata, que sabía que eso tenía que acabarse alguna vez.

—Mark, prefiero lidiar con esta situación a mi manera. Los responsables de matarla pueden seguir cerca. Si no llamo a la policía...

—Espera. Esto no se trata de decirte lo que tienes que hacer, hermano. Sólo te pido que evaluemos la situación con un poco de calma.

Y en un tono apenas audible agregó:

—Por favor, Johnny.